

desde lo cotidiano

Fotografía de Lucero González, serie "Ventura"



Francisco Estrada Valle

El 12 de julio de 1992 mataron al doctor Francisco Estrada Valle, fundador y presidente de Compañeros en Ayuda Voluntaria Educativa A.C. (AVE). Su homicidio es uno más de la serie de asesinatos a homosexuales que se han venido dando este año. El modus operandi de los asesinos hace suponer que se trata de crímenes a manos de grupos ultraderechistas.

El martes 28 de julio se llevó a cabo un sobrio y emotivo homenaje a Francisco Estrada Valle en el Foro Coyoacanense, al que asistió el delegado Carlos Salomón, acompañado de la subdelegada de cultura y el subdelegado jurídico. La presencia de estas autoridades ciudadanas inaugura una actitud alentadora: el reconocimiento al trabajo social de una persona que abiertamente asumió su orientación sexual diferente, deslindándose de los prejuicios y la homofobia. No es común que los funcionarios públicos sean capaces de asumir opciones cívicas, por lo que se vuelve un hecho notable su presencia en este acto.

La actividad educativa y preventiva de AVE le ha ganado un reconocido lugar en la lucha contra el SIDA. Los voluntarios de AVE se dedican a impartir cursos y talleres de "sexo seguro", así como conferencias sobre esa pandemia, donde se enfatiza el respeto y la dignificación de las personas con SIDA. La labor de Francisco Estrada Valle ha dejado una huella por su verdadero compromiso con la comunidad.

En el homenaje hubo cuatro oradores: Jesús Calzada, José Ramón Enríquez, Carlos Monsiváis y Anabel Rodrigo. Por limitaciones de espacio no podemos reproducir las cuatro intervenciones. Pensando en la lucha de Francisco, hemos elegido los dos textos que hacen una mayor denuncia de la situación vinculada con el SIDA, y no los que se refieren más a él.

A Francisco Estrada Valle

José Ramón Enríquez

Años duros, turbios, enormemente dolorosos, años finales de un milenio que fue pensado para acabar de otra manera. Si alguien soñó con que, luego de Hiroshima y Nagasaki, se aboliría la guerra, estos años han venido a probar precisamente lo contrario. Si los heraldos de la ciencia creyeron en vencer la enfermedad, o al menos en paliar su dolor, estos años prueban brutalmente que el orgullo del siglo resultó un gigante con pies de barro. Si alguien pensó que el hombre dejaría de ser lobo del hombre, y que podríamos convivir todos, con nuestras diferencias y nuestras preferencias, para hacer este mundo más humano, más alegre, estos años demuestran lo contrario. Años tristes, de muertes más inútiles que nunca. Pero si, en medio de tantas sombras, hay algo que sustente la esperanza, es el hecho de que haya hombres que se estremecen ante el dolor de sus hermanos y dedican su vida a luchar junto al que sufre y contra el sufrimiento.

El lado hermoso de un mal brutal como el SIDA, es que emerjan individuos y grupos que se entregan a luchar contra él, por su prevención y en contra de la gazmoñería repugnante de jerarquías religiosas y gobiernos que se escudan en otras prioridades; individuos y grupos que se entregan a defender a las víctimas contra un entorno tan hostil como nadie nunca hubiera podido imaginar y contra el propio policía que la moral dominante ha sabido sembrar en las conciencias.

Francisco Estrada Villa fue uno de esos hombres cuya existencia ilumina este final de milenio tan macabro, porque quiso apostar por la vida, en medio de tanta muerte. Su desaparición resulta doblemente dolorosa: porque siega una existencia entregada a los demás, en una lucha de nobleza indiscutible, y porque fue asesinado, como una prueba más de la bajeza a que estos años inexplicables han sido capaces de llegar.

Quien levanta la mano contra su hermano es maldito de Dios, dice la Biblia, y qué maldición no recaerá contra quien levanta la mano contra uno que se dedica a hacer el bien a sus hermanos, en unos años como éstos en los que a nadie le importa nada lo que pase a su vecino y en que las leyes del más fuerte y del sálvase quien pueda se han enseñoreado en una impresionante mayoría de conciencias.

Años terribles en que se asesina a uno de esos pocos que permiten en algo la esperanza de todos los demás. Crudo invierno. . .

Pero la depresión sólo sirve a una ideología dominante que quiere tenernos a todos ateridos y anoréxicos, para medrar con el dolor que va sembrando. Además, la sangre de los muertos siempre ha servido para regar los troncos de los movimientos sociales y relanzarlos con mayor fuerza.

Así, tras llorar a Francisco Estrada Valle, hay que recuperar sus banderas y denunciar a sus asesinos.

Sus banderas son las de la lucha, hasta las últimas consecuencias, contra el SIDA y por la dignidad de quienes son víctimas de una enfermedad que todavía no alcanzamos a entender en sus justas proporciones sociales y psicológicas, así como también la lucha por los derechos de una comunidad homosexual que, con el SIDA como pretexto, hoy es tan despreciada y reprimida como lo ha sido en los momentos más oscuros de su historia.

Por eso, aunque las características del asesinato de Francisco Estrada Valle se salgan de los moldes más comunes, no puedo dejar de ubicarlo dentro de una larga serie de muertes que conforman uno de los mayores genocidios de la era moderna.

Pienso en aquel triángulo rosa que marcó las ropas de los homosexuales en los campos de exterminio nazis y que les valió no sólo el desprecio de las otras víctimas sino que los hizo entrar los primeros y sin excepciones a las cámaras de gas. Exterminio masivo que no ha sido reconocido por quienes ganaron la guerra y organizaron comisiones para resarcir a las familias de quienes fueron asesinados por los nazis, como si con su silencio dejaran constancia de que estaban plenamente de acuerdo con el exterminio de los homosexuales y no con el de otras minorías.

Pero el genocidio no terminó ahí, ha continuado y llega hasta nosotros ensangrentando aún más este fin de milenio. Día con día hay más homosexuales linchados y asesinados por el hecho de serlo. Pienso

en aquel padrotillo romano que, en la playa de Ostia, victimara a Pier Paolo Pasolini y no puedo sino imaginarlo como el ejecutor de una consigna en contra de quien se atreve a vivir su diferencia. Y, para reforzar esa consigna, vienen a mi memoria los encabezados de los diarios —amarillistas y no— que parecen celebrar lo que consideran lógico y normal, la desaparición física de quienes contravienen la lógica y la norma que quieren unificar a todos los seres humanos en categorías morales absolutamente insostenibles.

Al unirme desde aquí a las exigencias de esclarecimiento en el caso del asesinato de Francisco Estrada Valle que, con toda indignación, manifestamos cuantos lo admiramos, no quiero, sin embargo, restar responsabilidad a la homofobia que permea todo el tejido social y que asesina homosexuales, moral o físicamente, desde el chistecito soez hasta la justificación del crimen, desde el desprecio aparentemente inofensivo hasta la persecución laboral, sobre todo en los tiempos del SIDA, cuando los seropositivos homosexuales son condenados a los hornos crematorios de una sociedad llena de prejuicios, aun antes de que la enfermedad cumpla en ellos su fatal designio.

Ante un hecho tan brutal como es la muerte de un hombre bueno, éstas y otras reflexiones deben convertirse en homenaje a su memoria, así como la firme exigencia de castigo a sus asesinos materiales y la denuncia constante de quienes alimentan la homofobia sin darse cuenta de que es apenas un síntoma, la punta de un iceberg, de una enfermedad social que victima metódicamente a lo mejor de sí misma.

In memoriam Francisco Estrada Valle*

Carlos Monsiváis

Sólo vi a Francisco Estrada Valle en una ocasión, en uno de esos maratones televisivos en donde a los escasos juicios sensatos los ahoga la marejada de prejuicios, lugares comunes y participantes. Lo sentí tan dueño de sus ideas, y de esa prueba de las ideas que es el comportamiento, que me resultó natural su serenidad ante las arremetidas de quienes sólo se alegran si imponen de modo bárbaro las pesadillas que llaman "convicciones". Luego, me he ido acercando a Francisco mediante los testimonios amistosos, y las sensaciones complementarias de angustia y afecto. Y he comprobado la inmensa coherencia de un médico joven, entregado a una causa que lo trasciende, lo ubica, lo define, y explica el conjunto de su existencia.

En los años ocheta, el SIDA fue "el relámpago en medio de la fiesta", que enfrentó a los gay, el sector más severamente diezmado en la primera etapa, con las tragedias individuales y la urgencia de respuesta comunitaria. Pronto, al irse revelando la profundidad de la epidemia y la carencia de información y métodos preventivos, Francisco, y muchos otros, con los recursos entonces existentes, enfrentaron el problema, y se enfrentaron también a la epidemia contagiosa, la del miedo, la irresponsabilidad, la ignorancia que no tiene modo de interrumpirse, los desmoronamientos psíquicos, el deseo pueril y maligno de venganza, la abjuración en los instantes de terror de todo lo vivido, el auto-anulamiento. Como otras agrupaciones, AVE de México, fundada por Estrada, surge para impulsar el sentido comunitario, y propagandizar hechos capitales: la dignidad irrenunciable de los enfermos, el rechazo a las discriminaciones a enfermos y seropositivos, la planificación de las prevenciones.

*Leído en el homenaje al doctor Francisco Estrada Valle en el Foro Coyoacanense de Cultura.

AVE de México, y los otros grupos, han trabajado a contracorriente, entre la oleada de pánico, paranoias, derrumbes psíquicos, tragedias, devastaciones de la economía personal y familiar, rechazos, incomprendiones sociales y persecuciones eclesiásticas. Francisco, en esto y en mucho semejante a los otros participantes de los grupos, desafió a las campañas de ocultamiento del clero y los organismos de la derecha, a la tibieza o el encono de autoridades anhelosas de no ofender a los tradicionalistas o tradicionalistas ellas mismas, a los estigmas y las iniquidades. Y fue también suyo el gran logro del movimiento internacional en contra del SIDA y su cauda de efectos, la capacidad de recuperar, para el pensamiento y la práctica del humanismo, territorios que se juzgaban inexistentes.

Véase lo conseguido por los grupos mexicanos en unos cuantos años; han alentado a miles de personas, han creado sus propios recursos y han aprovechado a fondo los muy insuficientes apoyos gubernamentales, han sistematizado sus talleres de sexo seguro, han publicado folletos y colaborado en el magnífico suplemento *Sociedad y SIDA* de *El Nacional*, que dirige Francisco Galván, han publicado numerosos artículos y testimonios, han protestado contra las medidas de oprobio. Genuino movimiento social, ellos le dan a la prevención del SIDA y a la atención de enfermos y seropositivos, el carácter urgente que es una de las grandes reclamaciones morales del fin de siglo. Proveer de esperanza a quienes la hipocresía sitúa más allá de toda esperanza: en pos de esta meta, los integrantes de los grupos recuperan a diario la energía consumida en la constante noción de pérdida y en la imposibilidad de ayuda más allá de cierto punto.

La homofobia, el odio o el rencor contra los homosexuales, negación tumultaria de la pluralidad, anhelo de exterminio a escala, ejercicio del desprecio que es pedestal instantáneo, se expresa como siempre en los crímenes con la saña que multiplica a la prepotencia, en el linchamiento verbal, en el maltrato físico que es "castigo merecido", en la burla que subraya "la monstruosidad" de ser distinto y, en días recientes, en la negación de los derechos civiles para gays y lesbianas que es otra hazaña del Vaticano. En la homofobia, el prejuicio se vuelve ley, y las cóleras y los temores, mientras más delirantes más apreciados, justifican y desatan la persecución.

¿Por qué se da esto? No me interesa la calificación clínica de los homófobos, sino la evidente: la homofobia florece en las atmósferas del

menosprecio a los derechos humanos y civiles, donde, en cualquier circunstancia, las víctimas son las culpables y hay, casi oficialmente, seres de segunda y de tercera clases. La homofobia expresa un hecho irrefutable: en donde se le niegan derechos a las minorías, se les niegan también, y con procedimientos similares, a las mayorías. En función del SIDA, la homofobia se envalentona, por así decirlo, como lo ratifican los crímenes, las razzias perpetuas, el regocijo de la prensa amarillista, la persecución eclesiástica, los vejámenes a enfermos de SIDA y seropositivos en hospitales, centros laborales y familias. Y a la luz de la tragedia hay también pruebas de lo contrario: el comportamiento extraordinario de muchas familias, la inclusión de las agresiones homófobas entre los ataques a los derechos humanos, la existencia de una prensa respetuosa y solidaria, y el que, de modo creciente, y a escala internacional, la homofobia sea ya un término de oprobio. Y ahora transitamos de la sociedad que otorgaba su complicidad unánime a la homofobia, a la sociedad en donde la homofobia ya encuentra resistencias diversas, entre ellas el progreso de la tolerancia, la ampliación de ideas y prácticas de los derechos humanos y la difusión misma de la palabra homofobia, resumen crítico de una forma ancestral de la barbarie.

Otro avance: la gradual, a momentos imperceptible pero irreversible disminución del sentimiento de culpa, estrategia demoledora de minorías y mayorías. Disminuir el sentimiento de culpa en las víctimas de la homofobia, y en sus seres cercanos, es contribuir a la eliminación definitiva, en la vida laica, de la noción de pecado, esa última fortaleza de la teocracia. Por eso, me estimula observar hasta qué punto las circunstancias de su asesinato en nada tocan la figura de Francisco Estrada, como, por otra parte, tampoco dañan la memoria de sus compañeros de infortunio, de esa noche y de las otras innumerables noches de la ansiedad por extirpar a lo diferente. La sordidez del crimen le pertenece por entero a sus autores, a los partes policiacos que desdeñan a "los pervertidos", y a los reporteros que al mofarse de los muertos creen obtener lo que siempre les estará negado: la autoridad moral.

Alguna vez, E.M. Forster escribió: "¿De qué puede estar orgulloso un hombre si no está orgulloso de sus amigos?" A lo largo de sus días y años de lucha, Francisco quiso estar con los suyos, en el riesgo y la tragedia. El creyó en el trabajo organizado y en los círculos solidarios, que si no evitan muchos males son la gran ayuda inapreciable a nuestro alcance. Estrada Valle se propuso, sin vanagloria alguna, vivir plenamente

las responsabilidades de la vanguardia moral en un medio corroído por el egoísmo y la indiferencia. Y por su apego a las tareas colectivas y a la responsabilidad del individuo, irremplazable, lo imagino diciendo: "¿De qué puede estar orgullosa una persona si no está orgullosa de su comunidad?"

Gracias, Francisco, por tu lucidez y tu entereza.